



CAPÍTULO II

Vituperios de Sophar.—Respuesta de Job y su fe en la resurrección.—Instancia de Eliphaz y respuesta de Job.—Invectivas de Baldad.—Quejas, deseos y esperanzas de Job.—Pruebas de su creencia en la resurrección.—Sus tres amigos continúan amonestando á Job y este respondiéndoles.—Sus protestas.—Describe su primitiva prosperidad, en oposicion con su miseria presente, y prueba su inocencia por la exposicion de su vida pasada.—Invectivas de Eliú á Job y á sus amigos.—Dios responde á Job y le representa su superioridad sobre el hombre.—Job se humilla.—Dios continúa.—Respuesta de Job.—Represion que Dios dirige á sus tres amigos.—Restablecimiento de Job en su primitiva prosperidad.—Qué sabiduría era el objeto de las indagaciones de Job.—Cómo nos conduce á esta sabiduría.—Doctrina del libro de Job.—Job figura de Jesucristo.

El tercer amigo de Job, Sofar de Naamat, estaba aún muy lejos de comprenderle. En vez de felicitar al santo hombre, porque Dios le juzgó digno de ser dado así en espectáculo al mundo entero, á los ángeles y á los hombres, no busca otra cosa sino el desconsolarle. «¡Ojalá que Dios te hablase y que abriese sus labios contigo para mostrartelos secretos de la sabiduría y la extension de los preceptos de su ley! Entonces comprenderias que es mucho ménos lo que Él te castiga, que lo que tu maldad merece.» A estas palabras tan duras, añade, para inducirle á convertirse, reflexiones muy bellas, pero comunes, sobre la Providencia de Dios (1). También Job responde con una gran superioridad de razon y de elocuencia: «Verdaderamente parece que sois los únicos sábios que hay en el mundo, y que la sabiduría morirá con vosotros. Yo tambien tengo sentido, y no me considero ménos sábio que vosotros, porque ¿quién hay que ignore lo que vosotros sabeis? El que como yo es escarnecido por sus amigos, invocará á Dios, y Dios le oirá, porque se apiada de los sencillos que injustamente son mofados y escarnecidos. Es una antorcha que desdennan los dichosos del siglo, pero ella lucirá en su tiempo. Vemos en abundancia y llenas las casas de los ladrones y logreros, y provocan audazmente á Dios, que ha puesto en sus manos todo lo que poseyeron. En efecto: pregunta á las

(1) Job, 11,

bestias, y ellas te enseñarán; á las aves del cielo, y te lo mostrarán. Habla á la tierra, y te responderá, y á los peces de la mar y te lo dirán. Porque ¿quién ignora que todo esto es obra de las manos del Señor? En su mano está el alma de todo viviente y el espíritu de toda carne humana. ¿Por ventura no es la oreja la que discierne de las palabras, y del sabor el paladar del que come? En los ancianos está la sabiduría y en la larga edad la prudencia. Pero en Dios está la sabiduría y la fortaleza; á Él pertenecen el consejo y la inteligencia. Si una vez llegare á destruir, no habrá quien levante el edificio; si encerrase á un hombre, ninguno hay que lo abra; si detuviere las lluvias, toda la tierra se secará; y si las diere un poco de soltura, la inundará toda y la trastornarán. En Él residen la fortaleza y la sabiduría; Él conoce igualmente al que engaña y al que es engañado.

»A los que se precian de hombres de consejo, los conduce á un fin desacertado, y vuelve fátuos á los jueces dejándoles sin saber qué hacerse. Quita las insignias de autoridad y honor á los más altos, y los reduce á la miseria de las cadenas de una cárcel. Despoja de sus glorias á los mismos sacerdotes, y trastorna á los grandes. Permite que aquellos mismos que habian sido tenidos siempre por hombres de verdad y de rectitud, se alejen de ellas con daño de los pueblos que siguen sus consejos, y que los ancianos pierdan el juicio en sus consejos. Lle-

na de confusion á los príncipes, haciendo que desean el desprecio de sus vasallos, y levanta á los que mucho tiempo estuvieron abatidos. Pone en lugar elevado á los que el mundo tuvo oscurecidos, y saca á luz lo que se creia ya sepultado en las tinieblas del olvido. Hace crecer los reinos y los destruye; y despues de haberlos trastornado, los restablece al estado primero que tenian. Quita á los príncipes que gobiernan los pueblos de la tierra la luz del entendimiento; y por sus pecados y los de sus súbditos, permite que se engañen y anden des-caminados, como los que van por un despoblado sin vereda siquiera que los lleve. Andarán á tientas, como el que camina de noche sin luz y sin noticia del lugar en que se halla, cayendo y tropezando á cada paso, como sucede á los borrachos (1).

»El hombre, nacido de la débil y flaca mujer, de corta duracion sobre la tierra, y lleno de trabajos y miserias mientras vive, apenas se deja ver, cuando, semejante á la flor, es cortado y se marchita, desaparece como sombra y jamás permanece en un mismo estado, porque es inconstante y mudable. ¿Y vos, Señor, os inclináis hasta poner sobre él los ojos, y á llamarle, para que dé cuenta delante de vos de todas sus acciones? ¿Quién podrá hacer limpio al que de su origen sale súcio y hediondo? Ninguno sino vos. Limitado es el término de los dias del hombre; contados están sus meses en vuestra presencia; señalados teneis los términos de su vida, de donde no podrá pasar. Bástale la brevedad de la vida y su miseria, no le sobrecargueis más; dejadle respirar un poco; sus mismos males le hacen desear la muerte, para gozar de reposo, como desea el jornalero el día de huelga. No se quita un árbol sin que deje de sí esperanzas; despues de cortado arroja de nuevo, y sus retoños no dejan de brotar. Si se envejecieran en la tierra sus raices, y el tronco por falta de agua llegara á morir, en tocándole el agua, brotará por mil partes, y se le verá rodeado de ramos y de hojas como cuando fué plantado. Mas no así el hombre; una vez muerto, despojado y consumido, no vuelve á com-

(1) Job, 12.

parecer ni dejarse ver más en este mundo. A la manera que si de repente faltasen las aguas de la mar y se agotasen los rios, quedarian secos para siempre, así tambien el hombre, en muriendo, no despertará del sueño de la muerte hasta que el cielo sea mudado, como lo será al fin del mundo. ¿Quién me hiciera la gracia de que escondieras, aunque fuera en lo más profundo de la tierra, para ponerme á cubierto de tu furor, hasta que pasase, y me señalaras un tiempo en que te acordases de mí?

»El hombre muere, y sin embargo tornará á vivir. Durante todos mis dias, esperaré mi resurreccion, hasta que venga el tiempo en que reverdecere. Entonces me llamarás, y yo responderé; tenderás tu diestra á la obra de tus manos. Aunque al presente cuentas todos mis pasos, sin embargo, no mires mi pecado (1).»

En estas últimas palabras, para las cuales hemos seguido la traduccion de un sábio orientalista de Alemania (2), Job manifiesta su firme creencia, no solamente en la inmortalidad del alma, sino en la resurreccion futura de su cuerpo. Se considera él como un árbol, al cual la muerte corta el tronco; pero cuya raiz permanece en la tierra. Subsiste allí largo tiempo estéril; mas al fin, cuando hayan desaparecido los cielos, respirará las aguas de la vida eterna, y reproducirá al hombre en una juventud eterna.

Se creeria que los amigos de Job iban á ser movidos á causa de sus bellos sentimientos; pero no. Job habia dicho que Dios, afligiendo frecuentemente á los justos y á los pecadores, no se podia deducir contra él que era culpable porque era afligido. Ellos, preocupados con la idea de que, aun en este mundo, los buenos son siempre felices y los malos siempre desgraciados, le reprueban su razonamiento como una orgullosa impiedad, bajo pretextos de que en ese caso Dios no seria justo, y que por tanto seria inútil suplicarle. Tal es, en sustancia, el segundo discurso de Elifaz, que termina por una bella descripcion de los remordimientos

(1) Job, 14.

(2) Michaelis.



que persiguen al malvado hasta en la prosperidad (1).

«He oído con frecuencia razonamientos semejantes, respondió Job; vosotros todos sois unos consoladores importunos. ¿Acaso pondreis fin á esas palabras dichas fuera de propósito? ¿Qué he hecho yo para merecer semejantes respuestas? Yo mismo podría también hablar como vosotros; y si cambiada la suerte, necesitáseis vosotros de consuelo, como yo lo necesito, yo os consolara con mis palabras.» Y despues de un rápido cuadro de los males que experimenta, añade: «He sufrido todo esto sin que la conciencia me acuse de alguna iniquidad, cuando para alabar á Dios alzaba mis manos puras. ¡Oh, tierra! no escondas los mortales dolores que me acaban, ni haya lugar en tí en donde se encubran mis clamores, porque testigo ha de ser de mi inocencia el que vive en los cielos, y en las alturas reside el que penetra mi corazón y sabe que es verdad esto que digo. Vosotros, que os vendeis por mis amigos, hablad cuanto queráis; á Dios es á quien con lágrimas apelo (2).»

Ofendido de las palabras de Job, Baldad replica: «¿Cuándo pondrás fin á tu hablar? Entiende bien primero lo que se te dice, y luego responde, si tienes qué. No sólo no entiendes lo que te decimos, sino que nos tienes por bestias, y parecemos á tus ojos una cosa vil y despreciable. ¿Crees tú que por tu respeto trastornará Dios el orden de su providencia y que dejará sin castigo á los impíos? ¿No es cierto que al malo se le acabará la felicidad, y que no quedará rastro de ella ni en salud, ni en hacienda, ni en hijos, como á tí te acontece?» Estas últimas palabras comienzan un cuadro poético, pero exagerado, de las desdichas de un malvado (3).

La respuesta de Job es admirable y llena de dolor y esperanza. «¿Cuándo acabareis de angustiar mi alma y de molerme con vuestros discursos? Veis que son ya muchas las veces que pretendéis confundirme, imputándome lo

(1) Job, c. 15.

(2) Ibid., c. 16.

(3) Ibid., c. 18.

que no es, y no os avergonzáis de oprimirme con vuestra importunidad. Mas demos caso que yo haya errado; el daño de este yerro no pasa á otros, en mí se queda. Vosotros os levantaís contra mí, y de mi calamidad tomáis achaque para acusarme. Acabemos de una vez: entended, por último, que lo que digo es que Dios no sigue ahora conmigo una tela de juicio en esto con que me aflige y azota. Veis que oprimido pido justicia, y no hay quien me oiga; y que pidiendo que se me hagan cargos, nadie me los hace. Por todos lados y caminos me tiene cerrado; y así, no puedo dar un paso adelante; en este estrecho en que me puso estoy también á oscuras. Me despojé de mi hacienda, de mi dignidad y familia, por cuyas cosas era honrado y estimado. Todo me lo quitó: hijos, casa, tierras, salud, y me veo perecer; y como árbol que se arranca de raíz, me dejó sin esperanza de volver á mi primer estado. Encendió su saña contra mí, y me trata como si fuera enemigo suyo. Un escuadrón de mil males, que son sus soldados ó ministros, vinieron á una contra mí, y me atropellaron y pisaron, y me cercaron por todas partes. Hizo que mis hermanos se alejasen de mí, y que mis conocidos y familiares se me hiciesen extraños y me abandonasen. Me desampararon mis parientes, y los que tenían de mí conocimiento me olvidaron. Mis siervos y siervas me miraron y trataron como á un desconocido. Aconteció llamar por mi propia boca á mi siervo, pidiéndole que de mí se apiadase, y él, torciéndome el rostro, ni siquiera me dió respuesta. Mi mujer, no pudiendo sufrir mi aliento, no quería acercarse á mí, y tenía que rogar á los hijos de mis entrañas. Aun los mentecatos me despreciaban, y en apartándome de ellos se mofaban de mí y se burlaban. Aquellos á quienes en otro tiempo fiaba mis secretos, me aborrecieron; y mis más íntimos amigos me volvieron las espaldas. Consumida toda la carne, no me ha quedado sino la piel sobre los huesos y los labios al rededor de mis dientes. Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros, que decís ser mis amigos; bien veis de la manera que me ha herido la mano del Señor. ¿Por qué me perseguís, como Dios me persigue, y no queréis cesar hasta



hartaros de mis carnes? ¡Oh! ¿quién me dijese que se escribieran con punzón de hierro mis palabras en un libro, ó en una lámina de plomo con buril, ó que con cincel se grabasen en piedra dura! Porque estoy cierto de que vive mi Redentor, y que en el último día me resucitará del polvo á que he de ser reducido. Y que de nuevo me ha de rodear de esta misma piel, y que vestido así de carne he de ver á mi Dios. Yo por mí mismo y por mis ojos le he de ver, y no otro por mí; y en mi corazón está de asiento y arraigada la esperanza de esta verdad (1).»

Job, vencedor de los tormentos y raspando con una teja la podredumbre de su carne, consolaba sus miserias con la esperanza y la verdad de la resurrección. ¿Qué cosa más clara que esta profecía? Ninguno, despues de Cristo, habló tan claramente de la Resurrección como Job antes de Cristo. El Señor no había muerto todavía, y este atleta de la Iglesia veía ya á su Redentor resucitando de entre los muertos. Así habla San Jerónimo, y con él todos los santos doctores (2).

En nuestros días, entre los exegetas protestantes, se cuentan algunos que, encontrando las palabras de Job muy claras, han intentado oscurecerlas. Pero hé aquí cómo se expresa un sabio orientalista (3): «En cuanto á mí, no sabría entender estas palabras sino como la esperanza de una vida futura despues de la muerte; si otros, de ordinario medianamente conocedores del hebreo, las interpretan en el sentido de que Job esperaba todavía para esta vida la vuelta á una mejor fortuna, les es necesario, no solamente hacer á estas palabras la más extraordinaria violencia, sino que además, en esta misma profesion de fe que quiere sea trasmitida á la posteridad, poner á Job en contradicción con todo lo que ha dicho anteriormente, y esto sobre el punto capital; pues en verdad la profesion de fe que hace aquí Job no se parece en nada á una retractación.»

Los amigos de Job continúan dirigiéndole

(1) Job, c. 19, 2-27.

(2) Adv. error. Joan. hieros.

(3) Michaelis.

la palabra, y él respondiéndoles. Sofar, sin dirigirle ninguna acusación, describe los castigos con que Dios castiga á los malvados; Elifaz le dice sin rodeos que su malicia ha llegado á su colmo y que sus iniquidades son infinitas; Baldad ensalza la grandeza y santidad de Dios; suponiendo siempre los tres que Dios no castiga en este mundo más que á los malos. Job sostiene que los impíos gozan frecuentemente acá, bajo de una larga prosperidad, y que el crimen con frecuencia también queda impune, porque Dios se reserva ordinariamente el castigo para despues de esta vida. Y nada más verdadero. Dios es soberanamente justo. Bajo él, no hay ningún bien que no deba ser recompensado, ningún mal que no deba ser castigado; pero para ejecutarlo existe no solamente el tiempo, sino también la eternidad. Ahora bien: no hay ningún malvado que no haga algún bien; Dios le recompensa en este mundo por alguna prosperidad temporal, esperando castigar sus crímenes eternamente en el otro. Por otra parte, no hay ninguno tan bueno que no haga algún mal; Dios le castigará frecuentemente en el tiempo, para no tener más que recompensarle en la eternidad. Sin embargo, algunas veces castigará á los malos de una manera visible, como recompensará también algunas veces visiblemente á los buenos, á fin de que se recuerde siempre que El es el dueño. Los amigos de Job le habían agraviado de diferentes maneras cuando deducían de su desgracia que debía ser un malvado y un hipócrita. También al fin el santo patriarca les responde:

«Vive Dios, que me ha quitado mi derecho, y el Omnipotente, que ha traído á amargura mi alma, que mientras haya en mí aliento y Dios me deje respirar, no hablarán mis labios iniquidad, ni mi lengua trazará mentira. Lejos de mí que no os tenga yo por justos; hasta morir no dejaré de defender mi inocencia. No desistiré de justificar mi conducta, como he comenzado á hacerlo; porque mi conciencia de nada me remuerde en todas las acciones de mi vida (1).»

(1) Job, 27, 2-6.



«¿Quién me diera volver á ser, como en los tiempos pasados, en aquellos días felices, cuando Dios me tenía bajo de su custodia y me defendía! Cuando la luz de su divino favor me alumbraba, y con ella caminaba yo seguro en medio de las tinieblas y noche oscura de los peligros. Como fué en los años de mi juventud, cuando Dios habitaba en mi casa, y tratándome familiarmente me comunicaba mis secretos. Cuando el Omnipotente estaba conmigo, y me veía rodeado de mis hijos y sirvientes. Cuando era tan pingüe mi hacienda, y tenía en tanta abundancia los bienes y los frutos de la tierra. Cuando salía al lugar del juzgado, y en la plaza pública me tenían preparado un asiento eminente y distinguido. Me veían los mozos, y de respeto se escondían; y los ancianos, luego que llegaba, se levantaban y se quedaban en pie. Los principes cesaban de hablar y me escuchaban atentos. Los principales ni aun osaban resollar estando yo presente. Los que me escuchaban me llenaban de bendiciones, y los que me veían daban testimonio, ensalzando mi rectitud, porque sentenciaba á favor del pobre, que por estar agraviado levantaba el grito hasta el cielo; y del huérfano, que se veía sin socorro. Me llenaba de bendiciones aquel que hubiera perecido si yo no le hubiera alargado la mano; y llenaba de consuelo el corazón de la viuda; la justicia, como en manto y corona real, resplandecía en todas mis acciones y en los juicios que pronunciaba. Fui el maestro de los ignorantes, y el que volví á poner en camino derecho á los que de él se habían extraviado. Era el padre de los pobres, y estudiaba con diligencia las causas de los desgraciados. Quebrantaba el poder y violencia de los injustos, sacándoles la presa de entre los dientes. Y me hacía esta cuenta: en mi casa y en mi descanso llegaré hasta el día postrero, y multiplicaré mis días como la palma sus ramos. Como árbol plantado cerca de agua, estaré siempre verde y florido, gozando de la próspera fortuna, y no me faltará el rocío y favor del cielo. Mi prosperidad estará siempre en pie, y mi poder y fuerza se aumentará en mi mano. Los que me escuchaban, esperaban que yo hubiese hablado, y recibían mis avisos con un silencio

respetuoso. No osaban añadir nada á mis palabras, que caían sobre sus oídos como las gotas del rocío. Me esperaban como el campo seco aguarda la lluvia del cielo, y abrían su boca, como la tierra, para recibir las aguas del otoño. Si alguna vez me los mostraba risueño con ellos de gozosos, apenas lo creían; y la alegría que les mostraba en el semblante, no les menoscaba mi autoridad. Si quería ir á estar entre ellos, me distinguían siempre con el más honrado asiento, y me rodeaban como á rey, á quien cercan sus tropas, colgadas de mi boca, como lo están los afligidos del que los está consolando (1).

«Mas al presente, hacen mofa de mí los que nacieron después que yo; aquellos cuyos padres me desdeñaba ponerlos con los perros de mi ganado; habitaban en los barrancos y en las cavernas de la tierra; raza innoble y más vil que la tierra.

«Y ahora, dentro de mí mismo, se marchita mi alma, y días de aflicción pesan sobre mi cabeza. De noche siento mis huesos taladrados de dolores, y no duermen ni reposan los gusanos que me comen. Mi carne es consumida por su multitud. Me veo tal, que sólo puedo compararme con el lodo, con el polvo y con la ceniza. Os llamo á voces, Dios mío, y no me respondéis, y afligido me pongo en vuestra presencia, y no os volvéis ni siquiera á mirarme. Os portáis conmigo como si fuérais cruel, y en el mismo rigor con que me azota vuestra mano, parece que sois mi enemigo. Me elevaste, y teniéndome como suspendido en el aire, me has estrellado con violencia. Lloraba en otros tiempos sobre el que estaba afligido, y se compadecía mi alma del pobre. Esperaba bienes, y viniéronme males; aguardaba luz, y sobrevinieron tinieblas. Mis entrañas hirvieron sin reposo alguno; sorprendiéronme días de aflicción. Denegrada está mi piel, y mis huesos se secaron á causa del gran ardor que me consume. Mi antigua alegría se ha convertido en llanto, y mis regocijos y festines en voces de lamentos (2).

(1) Job, c. 29.
(2) Ibid., c. 30.



«He hecho pacto con mis ojos para apartar de mí todo pensamiento impuro.

«Si desdeñé de venir en juicio con mis siervos cuando pleiteaban contra mí, ¿qué haré yo cuando Dios viniere á juzgarme? ¿Y qué le responderé cuando llegue á preguntarme?

«Por ventura, ¿no es uno mismo el que nos hizo á los dos, y en el mismo lugar y de la misma manera? Si negué á los pobres el socorro que pedían y deseaban, y no acudí al punto á satisfacer sus deseos á la viuda; si comí solo mi pan y no comieron también de él los huérfanos, hambrientos y necesitados (porque desde mi más tierna edad el huérfano ha encontrado en mí un padre); si desprecié al que iba á perecer, porque no tenía con qué vestirse, y al pobre que no tenía con qué cubrirse; si no me bendijeron sus costados, porque se abrigó con los vellones de mis ovejas; si alcé mi mano contra el huérfano, aun cuando la justicia estaba de mi parte y tenía mayor favor que todos, sepárese del hombre desoyuntado mi brazo y quiébrese con todos sus huesos. Si creí que en el oro estaba mi fuerza, puse jamás en él mi confianza; si fundé mi contento en la abundancia de mis riquezas, ó en lo mucho que poseía amasado por mis manos... si me holgué de la caída de mi enemigo, ó me regocijé del mal que vino sobre él, no por eso di soltura á mi lengua para mostrar tal deseo y prorumpir en maldiciones contra su vida... Si la tierra y surcos de ella, hechos con gran fatiga por mis jornaleros, gritan contra mí; si comí de sus frutos reteniendo el jornal y afligiendo el corazón de los infelices que la trabajaron, en vez de trigo produzcame abrojos y espinas por cebada (1).

Después de esto, los tres amigos de Job cesaron de responderle, viendo que él continuaba creyéndose justo. Entonces aparece un nuevo personaje, Eliú, hijo de Baraquél, de la familia de Ram. Podía ser de los descendientes de Buz, hijo de Nachor, arameo ó sirio. Ram puede ser colocado aquí por Aram. Eliú se irrita contra Job y contra sus amigos; contra Job, porque decía que él era justo delante de Dios; contra

(1) Job, c. 31.

sus amigos, porque le habían condenado sin haber encontrado respuesta razonable á sus lamentos. Como era de ménos edad que ellos, esperó á que acabasen de hablar. Cuando vió que no tenían nada que decir, lleno de indignación, habló en estos términos: «Soy joven todavía y vosotros más avanzados en edad; por tanto, me he estado callando con la cabeza baja, y no he osado deciros lo que sentía. Yo decía: «Hablaré la edad proveya, y los muchos años enseñarán la sabiduría.» Sin duda existe espíritu en el hombre, pero la inspiración del Omnipotente es la que da la inteligencia. Así, no siempre es dada la sabiduría á los muchos años, ni á los ancianos el que sepan hacer un justo juicio de las cosas. Por tanto, hablaré yo también ahora; escuchadme mientras digo lo que siento y sé (1).

El nuevo interlocutor volvió á decir poco más ó ménos las mismas cosas que los otros habían dicho ya; toma á mala parte algunas expresiones de Job, le acusa de orgullo, de presunción, de blasfemia, todo por celo por la causa de Dios, y pretextando siempre que no pedía más que ser corregido. Ni Job ni sus amigos le responden; habla sólo con muchas repeticiones, y termina con una descripción del poder y de la sabiduría de Dios.

Entonces Dios respondió á Job, ó más bien al hombre en general, desde un torbellino: «¿Quién es ese que habla sin reflexión, mezclando verdades y palabras juiciosas con otras necias é impertinentes? Ciñe tus lomos como hombre dispuesto al combate; voy á interrogarte; respóndeme: ¿Dónde estabas, dime, cuando eché los cimientos de la tierra? Muéstramelo, si lo sabes. ¿Quién echó las medidas de ella, si lo sabes, ó quién extendió sobre ella la cuerda? ¿Sobre qué están apoyadas sus bases, ó quién asentó su piedra angular? ¿Dónde estabas tú cuando me alababan á una los astros de la mañana y los ángeles alzaban voces de júbilo para glorificarme? ¿Quién puso diques á la mar cuando al principio salía de madre y se derramaba, anegando todas las cosas? Cuando, siendo aún informe, la cubrí con una nube

(1) Job, c. 32, 2-10.